

ANONIMO

Testimonios de
la antigua
palabra

Edición de Miguel León-Portilla
y Librado Silva Galeana



historia 16

INTRODUCCION

Hace más de cuatro siglos, una versión resumida de varios de los textos indígenas que aquí se publican —testimonio de la sabiduría del México prehispánico— fue puesta en manos del rey Felipe II. Hoy, por vez primera en España, en este libro se difunde el conjunto completo de estas expresiones de la *antigua palabra*: *huehuetlahtolli*, tanto en lengua indígena como en fiel traducción al castellano. Con esta singular aportación se enriquece la serie «Crónicas de América», de *Historia 16*, que había incluido ya otros textos mayas, aztecas (nahuas) y del mundo de los incas. Dando entrada en esta colección de crónicas a testimonios de españoles y también de los indígenas, se renueva aquí el encuentro de dos mundos.

Fue el oidor Alonso de Zorita quien en su *Breve y Sumaria Relación* acerca de usos y costumbres de los indígenas de México, hizo entrega al monarca de esa versión resumida en castellano de antiguos discursos originalmente en lengua náhuatl (azteca), procedentes, según lo afirmó, de la antigüedad prehispánica. Dichos textos, *huehuetlahtolli*, testimonios de la *antigua palabra*, eran exhortaciones y consejos que hacían los padres y madres indígenas a sus hijos, y los señores a sus vasallos, *todas llenas de doctrina moral y política*.

Alonso de Zorita había fungido como oidor en Guatemala de 1551 a 1553 y luego en México de 1554 a 1564. Durante su estancia en el Nuevo Mundo había recopilado numerosos testimonios sobre el pasado y el presente de los indígenas. Con esas fuentes y otras anotaciones suyas, fruto de sus observaciones, de regreso ya en España, dispuso su *Breve y Sumaria Relación*. Esta, sin que conozcamos la fecha exacta, fue dedicada y remitida al rey Felipe II, probablemente hacia

1570. Pues bien, justamente como nota introductoria a la versión castellana que incluyó de los antiguos discursos de los padres y madres indígenas dejó constancia don Alonso acerca de un punto de muy particular interés:

... Demás de criar los hijos con la disciplina o cuidado que se ha dicho de los padres [indígenas] ansimismo lo tenían en les dar muchos y muy buenos consejos y los tienen hoy en día los indios principales por memoria en sus pinturas, e un religioso muy antiguo en aquella tierra [México]..., lo tradujo en su lengua, y dice que hizo a unos principales que los escribiesen... e que los escribieron e ordenaron en su lengua sin estar él presente, y los sacaron de sus pinturas, que son como escritura e se entienden muy bien por ellas, e que no se mudó letra de lo que le dieron, más que dividirlo en párrafos... Y que los nombres que había de sus dioses les avisó que los quitasen e pusiesen el nombre del Dios verdadero y Señor Nuestro. Y para que se vea que no son tan faltos de razón, como algunos los hacen, se ponen aquí a la letra. A Vuestra Majestad [se dirige al rey Felipe II], humildemente suplico, si pareciere que es salir del propósito de lo que Vuestra Majestad pretende saber, se me perdone... por creer que será servido de saber estas cosas (1).

Gracias a don Alonso de Zorita, pudo —si así lo quiso— enterarse Felipe II de estas muestras de *los muchos y muy buenos consejos... que los indios tenían por memoria en sus pinturas*. Los *huehuetlahtolli*, que también ponderarían otros que los conocieron en el mismo siglo XVI, como fray Bartolomé de las Casas y fray Bernardino de Sahagún, cruzaron así el océano y llegaron a la atención del soberano español por creer —el oidor Zorita— *que será servido de saber estas cosas*. Hoy, por obra de *Historia 16*, se tornan asequibles a cuantos, en España y fuera de ella, quieran enterarse de lo que fue el rico saber moral y político de los mexicanos prehispánicos.

Fray Andrés de Olmos, el recopilador de estos testimonios de la antigua palabra

Informa el cronista franciscano Jerónimo de Mendieta cómo se iniciaron en México, de modo formal, trabajos de in-

(1) Alonso de Zorita, *Breve y sumaria relación de los señores de Nueva España*, México, 1972, pp. 112-113.

vestigación dirigidos a conocer la antigua cultura de los habitantes de esta tierra:

Es de saber —escribe en su Historia eclesiástica indiana— que en el año de 1533, siendo presidente de la Real Audiencia de México don Sebastián Ramírez de Fuenleal... y siendo Custodio de la Orden de Nuestro Padre San Francisco en esta Nueva España el santo varón fray Martín de Valencia, por ambos a dos fue encargado el padre fray Andrés de Olmos (por ser la mejor lengua mexicana que entonces había en esta tierra, y hombre docto y discreto), que sacase en un libro las antigüedades de estos naturales indios, en especial de México y Tetzcuco y Tlaxcala, para que de ello hubiese alguna memoria, y lo malo y fuera de tino se pudiese mejor refutar y, si algo bueno se hallase, se pudiese notar, como se notan y tienen en memoria muchas cosas de otros gentiles... (2).

De interés resulta lo expresado sobre el doble propósito de la investigación que se confió en 1533 a fray Andrés de Olmos. Importaba conocer *las antigüedades*, es decir, la vieja cultura indígena, en razón de lo que en ella pudiera haber *de malo y bueno*. Respecto de lo primero, para mejor refutarlo; acerca de lo segundo, para notarlo, es decir conservarlo, *como se tienen en memoria muchas cosas de otros gentiles*, cual ocurrió en los casos griegos y romanos. Olmos se entregó a su trabajo y *habiendo visto todas las pinturas, libros o códices, que los caciques principales tenían de sus antiguallas y habiéndole dado los más ancianos respuesta a todo lo que les quiso preguntar, hizo de todo ello un libro muy copioso...* (3).

El dicho libro muy copioso, por desgracia ya desde hace tiempos de fray Jerónimo de Mendieta, se había extraviado. Tal vez hasta hoy repose entre otros muchos pergaminos en la biblioteca de algún convento de España, adonde fue enviado. Pero si ese libro se tiene por perdido, se conservaron al menos dos muy importantes frutos del trabajo de fray Andrés. Uno fue su *Arte de la lengua mexicana*, primera y muy bien elaborada gramática que se conoce del náhuatl. Dicho *Arte* quedó concluido en 1547. El otro fruto de las pesquisas de este fraile que había llegado a México en 1528, fue la transcripción de un conjunto de textos náhuatl, los *huehuetlactli*, testimonios de la antigua palabra, de los que son copia,

(2) Jerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, 4 v., México Editorial Chávez Hayhoe, 1945, t. I, prólogo al libro II.

(3) *Loc. cit.*

con enmendaduras y acrecentamientos, los que aquí se publican en lengua indígena y con versión al castellano.

Olmos pudo recopilar estos *huehuetlahtolli* —según el testimonio ya citado del oidor Zorita— gracias a unos *principales... que los escribieron en su lengua sin estar él presente y los sacaron de sus pinturas, que son como escritura e se entienden muy bien por ellas...*

Por otras fuentes sabemos que efectivamente entre las más importantes creaciones culturales de los antiguos mexicanos estaban los libros, mencionados a veces como *sus papeles con pinturas*. En dichos libros, conocidos modernamente como *códices indígenas*, preservaban los sacerdotes y sabios sus conocimientos acerca del universo de sus dioses, sus cómputos calendáricos, saber astrológico, noticias acerca de su historia, y asimismo el meollo de sus principios morales y normas de educación. Hasta hoy se conservan algunos de esos códices indígenas que escaparon de las destrucciones que siguieron a la Conquista. Tales códices sobrevivientes pertenecen a varios ámbitos de cultura del México antiguo. Unos provienen de la región del altiplano central, otros de Oaxaca y de Yucatán. Se trata de manuscritos confeccionados con un papel hecho de la corteza del árbol *amate* o también de pieles de venado, preparados estos últimos a la manera de un pergamino. Cada libro estaba formado por una larga tira de trozo de papel o de piel, sobre la que se aplicaba luego una base o *imprimatura* que permitía trazar o pintar diversas imágenes y signos jeroglíficos. Dispuestas en dobleces las correspondientes tiras que integraban cada libro, éstos adquirían la forma de pequeños biombos con sus tapas de madera en ambos extremos.

En el gran ámbito geográfico donde floreció la alta cultura del México antiguo, se habían desarrollado, desde muchos siglos antes de la Conquista, diversas formas de escritura. La arqueología ofrece numerosas muestras de ello a partir de las estelas de *Los Danzantes* en el gran centro zapoteca de Oaxaca, conocido hoy con el nombre de Monte Albán. Allí se localizan las más antiguas inscripciones del Nuevo Mundo, de aproximadamente 600 a.C. Más tarde, ya en el llamado período clásico, los mayas erigieron centenares de estelas con glifos e imágenes en bajorrelieve. Así, los libros o códices a los que hemos hecho referencia, se sitúan como parte de un gran conjunto de creaciones, preservación de la imagen y también de conceptos y palabras por medio de glifos ideográficos y al menos en parte fonéticos.

Pues bien, fray Andrés de Olmos, al igual que lo hicieron otros frailes, entre ellos fray Bernardino de Sahagún, tuvo acceso a algunos de esos antiguos manuscritos guiado por su

propósito de refutar lo malo y fuera de tino y a la vez guardar memoria de lo *bueno que se hallase, como se notan y tiene en memoria muchas cosas de otros gentiles*. Bien se ha discutido, sobre todo en tiempos recientes, acerca del modo cómo los antiguos mexicanos, valiéndose de sus representaciones picto-glíficas, pudieron preservar diversos géneros de textos religiosos, históricos, morales y otros. La respuesta más aceptada es que dichas inscripciones y manuscritos picto-glíficos eran consultados como guías en la recordación de relatos y discursos más amplios y completos. Varios cronistas, tanto indígenas como españoles, hablan de las escuelas sacerdotales donde se memorizaban sistemáticamente esos textos, relatos y discursos, de la antigua tradición. La consulta de los libros que se preservaban en esas escuelas y la recordación de las tradiciones permitían a los sabios y sacerdotes enunciar de viva voz los textos que, de generación en generación, se transmitían y enriquecían. Podríamos decir también que el contenido picto-glífico de los libros, además de ser elemento muy valioso en la recordación, hacía también posible encaminar o guiar la formulación de otros textos según lo iban requiriendo las cambiantes necesidades en la vida de la comunidad.

Pues bien, de algunos de esos libros, con el auxilio de ancianos principales, conocedores de la expresión de la antigua palabra, obtuvo fray Andrés de Olmos estos testimonios. Por las anotaciones que los acompañan, nos enteramos de su procedencia, de lugares de la región central, México-Tenochtitlan, Tezcoco, Tlaxcala y Tepeyacac, la actual Tepeaca en la zona poblana. En vida de fray Andrés estos *buehuetlahuolli* fueron conocidos y alabados por hombres distinguidos en la historia de la Nueva España. Bartolomé de las Casas, hallándose en España, pidió y obtuvo que Olmos le enviara la versión resumida al castellano que había dispuesto de algunos de esos textos. Al incluirlos más tarde en su *Apologetica Historia*, notó de ellos que el padre Olmos los

había romanizado (puesto en romance castellano) de la lengua mexicana fielmente, sin añadir ni quitar cosa que fuese de sustancia, sacando sentido, no palabra de palabra; porque, como dijo él en un prologuillo que a las dichas pláticas y exhortaciones hizo, a veces una palabra en aquella lengua requiere muchas de las nuestras, y una nuestra comprehende muchas de las suyas, y porque son

cosa de notar en gente que ha sido hasta agora tan menospreciada, quise referillas aquí (4).

La dicha versión *romanizada*, elaborada con el método de traducción que adoptó y describió el mismo Olmos, fue a lo largo del siglo XVI lo que se conoció de los *huehuetlahtolli*. De los originales mismos en náhuatl tan sólo dio Olmos cabida a unas muestras al final de su *Arte de la lengua mexicana*. Dichas muestras, incluidas en algunas de las copias manuscritas que del *Arte* se conservan, aparecen precedidas del siguiente título: *Capítulo octavo. De las maneras de hablar que tenían los viejos en sus pláticas antiguas*. El capítulo abarca, en efecto, muchas expresiones metafóricas, de las que se esclarecen sus significaciones y, al final, el texto completo de un *huehuetlahtolli*, el más extenso de los que había recogido Olmos, descrito por él como *plática que hace el padre al hijo, avisándole o amonestándole que sea bueno* (5).

El resto de los textos en náhuatl, transcritos por el empeño de este fraile, primer investigador de la antigua cultura, debió conservarse manuscrito verosímelmente en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. Con dicha institución Olmos había estado vinculado a partir de su fundación, en 1536. Probable es que otro franciscano, también de formación humanista, Bernardino de Sahagún (1500-1590), que había llegado a México en 1529 y fue asimismo maestro en ese Colegio donde vivió con Olmos, tuviera noticia de la existencia de estos *huehuetlahtolli*. El hecho es que, algunos años después, hacia 1547, también fray Bernardino emprendió otra empresa de rescate de testimonios de la *antigua palabra*. Reunió así un conjunto de cuarenta *huehuetlahtolli* que le comunicaron ancianos de Tlatelolco. Estos textos que, en varios casos guardan semejanza con los obtenidos antes por Olmos, eran a los ojos de Sahagún testimonios muy valiosos

de la rethórica y philosophía moral y theología de la gente mexicana, donde hay cosas muy curiosas tocantes a los primores de su lengua, y cosas muy delicadas tocantes a las virtudes morales (6).

(4) Fray Bartolomé de las Casas, *Apologética historia sumaria*, 2 v., México, Universidad Nacional, 1967, t. II, p. 437.

(5) Fray Andrés de Olmos, *Arte para aprender la lengua mexicana*, edición preparada por Rémi Siméon. Reproducción facsimilar con prefacio de Miguel León-Portilla, Guadalajara, Jalisco. Edmundo Aviña Levy, editor, 1972, p. 231.

(6) Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, 4 v., edición de Angel María Garibay, México, Editorial Porrúa, 1956, libro VI, prólogo.

Otros *huehuehlahtolli* recogió más adelante el mismo Sahagún, cuando amplió y prosiguió de manera más formal sus investigaciones. Y puede añadirse que hubo otros cronistas e investigadores que también en el siglo XVI y en las primeras décadas del siguiente, alcanzaron asimismo a poner por escrito otras muestras más de *la antigua palabra*. Añadiré aquí que formas muy parecidas de expresión perduran hasta hoy en algunas comunidades nahuas de la región central de México. Prueba es esto de lo arraigado de una tradición cultural que, como veremos, tiene muy hondas raíces.

Antigüedad de estos huehuehlahtolli

El origen de estos testimonios de *la antigua palabra* —en cuya transcripción se sustituyeron los nombres de los dioses paganos con el del adorado por los cristianos— se halla, sin género de duda, en la tradición cultural prehispánica. Respecto de su antigüedad, aunque no parece posible establecerla con precisión y seguridad, sí hay indicios para pensar que dichos textos no eran producción reciente. Por una parte, debe notarse acerca de ellos que están expresados en un lenguaje cuidadoso, elegante, el que se nombraba *tepillah-tolli*, palabra noble. Dicha forma de expresión era la que se cultivaba y transmitía en los *calmécac*, escuelas sacerdotales y centros de educación superior. Por otra, el hecho de que, tanto en la colección de *huehuehlahtolli* que aquí se publica, como en otras que también se conservan —entre ellas las que reunió fray Bernardino de Sahagún—, haya textos que proceden de varios lugares bastante apartados entre sí, es indicativo del arraigo y amplia difusión que habían alcanzado estas composiciones. Se conservan de hecho *huehuehlahtolli* de México-Tenochtitlan, Tezcoaco, Tepeyacac, Tlaxcala y Tepepulco. Ángel María Garibay K., al ocuparse de la probable antigüedad de algunos *huehuehlahtolli*, notó que:

La abundancia, ordenación y primor, muchas veces clarísimamente perceptibles, de estos documentos didácticos, hacen pensar que fueron elaborados durante largo tiempo. No es posible llegar a esta complicación de ideas, ceremonias, imágenes, proverbios, etcétera, en unos cuantos años. Acaso suponen varios siglos, y más de los que se señalan para la historia oficial de los mexicas, reordenada por Itzcóatl hacia 1428, o sea del XIII al XVI. De muy antiguo arranca la tradición conservada por la

repetición constante en los establecimientos de formación de la juventud... (7).

Si cabe pensar, por las razones aducidas, que al menos algunos *huehuehtlahtolli* tuvieron una antigüedad que antecede al llamado período de *historia oficial mexicana*, tendríamos entonces que su origen podría estar relacionado con la época tolteca cuyo florecimiento data de los siglos X-XII d.C. Serían en realidad parte integrante de la *Totlecáyotl*, el conjunto de las creaciones de inspiración tolteca. El hecho de que, más tarde, se diera a estas producciones el nombre genérico de *huehuehtlahtolli*, antigua palabra, parece corroborar lo dicho.

Si algunos *huehuehtlahtolli* tienen probablemente una antigüedad que los remonta a la época tolteca, es asimismo de notarse que, a diferencia de otras composiciones también de tradición prehispánica, como los himnos y cantares a los dioses, no sólo no fueron objeto de prohibición sino que algunos frailes externaron su admiración ante ellos, hasta que al fin se logró su publicación, con traducción parcial, en 1600. En tal sentido en el proceso de encuentro de culturas que se desarrolló a partir de la Conquista, los *huehuehtlahtolli* continuaron siendo transmitidos y, al fin, difundidos en letra impresa. Es cierto que en tal transmisión se siguió el consejo del fraile recopilador que, como veremos, fue Andrés de Olmos, y se suprimieron alusiones a los antiguos dioses con expresiones interpoladas de contenido cristiano. Pero en lo sustancial, los textos fueron objeto de alabanza. Ello explica que se difundieran al menos las versiones resumidas al castellano, preparadas por Andrés de Olmos quien los había hecho transcribir en náhuatl.

Ningún hecho pone tanto de relieve la admiración que despertaron estos textos que el haber sido copiados por el oidor Zorita en su *Breve y Sumaria Relación* para que los conociera Felipe II. Deja esto además de manifiesto que el intercambio cultural, en lo que a los mesoamericanos concierne, no se limitó —como algunos lo han expresado— a un mero someterse y tener que aceptar ideas, creencias, instituciones, técnicas, nuevos cultivos y animales, sino también a merecer el reconocimiento de formas suyas de expresión como éstas de los *huehuehtlahtolli*. Siendo verdad innegable que a los españoles interesaron los metales preciosos y también algunos fármacos y plantas alimenticias mexicanas, es también cierto que a España llegaban varios libros o códices mesoamericanos

(7) Angel María Garibay K., *Historia de la literatura náhuatl*, 2 v., México, Editorial Porrúa, 1953-1954, t. I, p. 444.

que provocaron la admiración de humanistas como Pedro Mártir de Anglería, y asimismo algunos pocos textos de la antigua palabra, como los que transcribió Zorita para que los conociera el rey.

Habrían de perdurar los *huehuehlahtolli*, en forma de libro, gracias al que se imprimió bastantes años después, en 1600, en el ámbito del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. Así, y también en manuscrito, estos textos han llegado hasta nosotros, en vísperas ya de conmemorar el V Centenario del momento en que se inició el Encuentro de Dos Mundos. Si, como es muy verosímil, algunas de estas composiciones datan de la época tolteca (siglos X-XII d.C.), conservadas hasta el presente, puede decirse que su antigüedad se acerca a la de un milenio. Gloria grande de una lengua, que como el náhuatl fue imperial, es haberse preservado en ella testimonios literarios, tan añejos y valiosos como éstos.

Como ya dijimos, desde que se transcribieron estos textos con el alfabeto latino pero en su propia lengua original, habían de transcurrir bastantes años, hasta que, con varias salvedades, se les concedió el honor de ser impresos. De hecho fueron los *huehuehlahtolli* los únicos textos de la tradición prehispánica que se publicaron durante la etapa novohispana o colonial. El libro, *enmendado y acrecentado* por el padre fray Juan Bautista de Viseo, apareció con el siguiente título:

Huehuehlahtolli, que contiene las pláticas que los padres y madres hicieron a sus hijos y a sus hijas, y los señores a sus vasallos, todas llenas de doctrina moral y política. *Recogido, enmendado y acrecentado por el padre fray Juan Baptista de la orden del Seráfico Padre Sanct Francisco. En México. En el Convento de Santiago Tlatilulco, por M. Ocharte, año 1600.*

Veamos ya quién fue el fraile que, con su empeño, hizo posible el rescate de estos textos en letra impresa.

Fray Juan Baptista Viseo recoge, enmienda, acrecienta y publica los huehuehlahtolli transcritos por empeño de Olmos

Al principio de la obra, el doctor Juan de Cervantes, arcediano de la catedral, nombrado revisor por el arzobispo; el padre fray Pedro de Pila, Comisario general franciscano; el doctor Francisco de Loya, por comisión del virrey Conde de Monterrey; el conocido cronista jesuita, padre Juan de Tovar, por encargo del mencionado Comisario general de los franciscanos, todos expresan que aprueban se publiquen *las pláticas antiguas en lengua mexicana* que fray Juan Baptista re-

cogió, enmendó y acrecentó. Reconocen y señalan de este modo, explícitamente, que no fue fray Juan ni autor de las dichas pláticas o *huehuehtlahtolli*, ni tampoco quien las obtuvo de los ancianos indígenas, sino que las recogió como algo que ya existía en papeles. Además de esto se nos dice que fueron también méritos suyos, haber enmendado y acrecentado los dichos textos. Una y otra cosas pueden comprobarse comparando lo que él publicó con la transcripción de los *huehuehtlahtolli* que acompaña a algunos de los ejemplares que se conservan en forma de manuscrito del *Arte de la lengua mexicana* de fray Andrés de Olmos.

Las diferencias no son sustanciales, no obstante que fray Juan Baptista introdujo algunos cambios y adiciones. Los cambios los hizo para adaptar más plenamente al contexto cristiano el contenido de los *huehuehtlahtolli*, cosa que, según vimos, Olmos ya había intentado en parte. En cuanto al acrecentamiento, baste señalar aquí los párrafos de tono cristiano dirigidos a los médicos, y el contenido de aquellas pláticas, incluidas al fin de la obra, *para los que andan a la escuela o se doctrinan con los religiosos; a los mismos en que se les amonesta la integridad y la pureza de la fe*, así como los *huehuehtlahtolli* que tienen como temas *cuán gran cosa es el cristianismo, el bien que se alcanza por el Bautismo y el gran provecho y fruto de la pasión y muerte de Jesucristo*.

Pertinente parece ofrecer sumaria noticia biográfica de este franciscano al que debemos el rescate en letra impresa de estos textos. Sabemos por el testimonio del propio fray Juan en el *Prólogo* a su *Sermonario en lengua mexicana*, publicado en México, en 1606, que nació en la misma metrópoli el año 1555. El cronista fray Agustín de Vetancourt nos informa que era hijo de Juan Viseo de Lagunas y María López (8). Probable es que, hacia los quince o dieciséis años de edad, ingresara en la orden franciscana, en la que, concluidos sus estudios, se ordenó de sacerdote. Gracias al *Prólogo* de su *Sermonario*, rico en noticias acerca de sí mismo y también sobre lo que era el ambiente cultural del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, podemos enterarnos de cómo aprendió la lengua náhuatl y cómo, valiéndose de ella, pudo disponer no pocas obras.

De su aprendizaje del náhuatl refiere, con cierta gracia, lo siguiente:

(8) Fray Agustín de Vetancourt, *Crónica de la Provincia del Santo Evangelio de México*, Cuarta parte del *Theatro Mexicano*, México, 1697, p. 322.

Por ser vivo el venerable padre fray Francisco Gómez que había venido a México acompañando a fray Juan de Zumárraga, no hago particular mención de él, más de alabar y agradecer, en cuanto puedo, su buen celo en mover mi ánimo a que quisiese yo aprender, que no quería, la lengua mexicana. Porque, siendo yo mozo, y viviendo juntos, con sus buenas y santas razones me persuadió muchas veces a que aprendiese esta lengua, y admitiendo yo, más por no parecer ingrato que por gana que tuviese de aprenderla, su caritativo ofrecimiento, fue notable el alegría y voluntad con que me leyó el Arte [la gramática]... (9).

Y tanto le alegró aprender esta lengua que luego se convirtió en instigador de su estudio: ando —escribió— yo convidando, buscando y rogando que la aprendan los que no la saben porque entiendo y he visto por experiencia cuánto importa, que sin ella el más pintado suele echar muchos gazafates disparates (10). Si al escribir hacia 1605 su *Prólogo* en el que así se expresa nos dice que más ha de veintiocho años que comencé a estudiar la lengua mexicana por el Arte..., restando tal número a la fecha de 1605 nos encontramos que fue hacia 1573 cuando, de poco más de veinte años de edad, emprendió su aprendizaje.

Juan Baptista tuvo discípulos ilustres, dentro y fuera de su Orden. Entre los primeros estuvo fray Juan de Torquemada que se refiere a él con gran elogio, el padre fray Juan Baptista, mi lector de Teología, luz de esta santa provincia y de toda la Nueva España... (11). De muchos estudiantes y colaboradores en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, conservó él los nombres y recordó sus méritos en el ya citado *Prólogo*. Entre otros habla así de Hernando de Ribas, de Tezcoco, que con mucha facilidad traducía cualquier cosa de latín y de romance en la lengua mexicana, el cual me escribió y trajo, de cosas diversas, más de treinta manos de papel... (12).

Tanto este Agustín de la Fuente, como Diego Adriano, también nativo de Tlatelolco, fueron excelentes impresores:

(9) Fray Juan Baptista, *Sermonario en lengua mexicana...*, Primera parte. En México, en Casa de Diego López Dávalos, año 1606, «Prólogo».

(10) *Loc. cit.*

(11) Fray Juan Torquemada, *Monarquía Indiana*, 7 v., edición preparada por el Seminario al cargo de Miguel León-Portilla, México, Universidad Nacional, 1975-1983, t. VI, p. 395.

(12) Juan Baptista. *Sermonario*, *loc. cit.*

componía éste en la imprenta como lo pudiera hacer cualquier maestro por diestro que fuera en este arte. Así, como muy verosímil, puede pensarse que Diego Adriano, auxiliado quizás por Agustín de la Fuente, trabajando en la imprenta que Melchor Ocharte regentaba en Tlatelolco, fueron los que pusieron en letras de molde, en 1600, los textos de los *buehhtlahtolli*.

Trabajando en Tlatelolco por lo menos a lo largo de dos lapsos y ocupado en otros cargos de gobierno en su Orden —como los de definidor y guardián en los conventos de Tezcoco, Tacuba y el de Santiago—, fray Juan Baptista encontró tiempo para disponer buen número de obras que, gracias a su empeño y el de sus colaboradores, alcanzó a imprimir. Y además de tales libros y opúsculos escribió, para provecho de sus estudiantes y en general de los indígenas, varias comedias, de las que en su famoso *Prólogo*, llegó él mismo a decir que había concluido *tres libros de comedias que tiene por imprimir*. Tan estimado debió ser por esto y por el buen trato que daba a sus estudiantes que uno de ellos, Agustín de la Fuente, autor según parece de la *Comedia de los Reyes*, antepuso a dicha composición la siguiente dedicatoria: *Comedia de los Reyes, compuesta a Noestro Padre Fray Joan Baptista, Guardián y maestro de Santa Theología de Santiago Tlatelulco, México, del 1607 Años*.

La referida fecha, un año posterior a la aparición de su último libro impreso, su *Sermonario*, en el que se halla el *Prólogo* que es fuente de tantas noticias, nos obliga a corregir la fecha que el cronista de su Orden, fray Agustín de Vetancourt, da como la del término de la vida en la tierra de fray Juan Baptista. Dice Vetancourt en su *Menologio Seráfico*, al final de su *Teatro Mexicano*, que *el Venerable padre fray Juan Baptista, natural de México..., murió con fama y olor de santidad, en México, el año de 604, en 4 de diciembre* (13). Contrariando esto tenemos los hechos de que, todavía en 1607, publicaba un libro y se le dedicaba una comedia. Así, me inclino a pensar que hubo en la edición original de Vetancourt una errata, probablemente se escribió 1604 por 1609.

Relativamente numerosas fueron las obras que dispuso este franciscano para ser impresas. Dos rasgos en común pueden percibirse en varias de ellas. Uno es haber aparecido en náhuatl, al menos en buena parte de su contenido; el otro, tratarse de ordinario no de trabajos originales de fray Juan Baptista sino de traducciones a la lengua indígena, hechas por

(13) Vetancourt, *op. cit.*, p. 322.

él o encargadas a sus colaboradores ya mencionados. El mismo fraile proporciona en uno de estos libros que publicó, el *Sermonario en lengua mexicana* (1606), un elenco de lo que había sacado a luz, en conjunto dieciséis títulos.

Lo que se conserva de esos trabajos publicados por Juan Baptista abarca títulos que aparecieron a partir de 1599. De otros opúsculos como un *Catecismo breve en lengua mexicana y castellana*, un *Tepiton Amuxtli* (Libro pequeño), *Hieroglíficos de la conversión* y *Teoyoticatezcayotl* (Espejo espiritual), no ha quedado ejemplar alguno.

La publicación más antigua de fray Juan que conocemos es de singular interés. Se titula:

Confessionario en lengua mexicana y castellana, con muchas advertencias muy necesarias para los confesores..., Santiago Tlatilulco, por Melchor Ocharte, Año de 1599.

En gran parte el contenido de este libro es original del autor, aunque traduce éste allí algunos relatos, a modo de ejemplos, tomados de textos de quienes lo escribieron en castellano. En su *Prólogo* describe Juan Baptista el procedimiento que seguía y recomendaba en la predicación, valiéndose de *estampas* en que se hacía ver el tema que se iba comentando. Hablar de dichas estampas lo lleva a dolerse de lo defectuosos que eran, a su juicio, los trabajos de las imprentas a las que había acudido. En el caso del mismo *Confessionario*, se lamenta de que, desde que vio las pruebas, *se ha pasado mucho en reformarla y justificarla [la letra] y con todo esto en muchas partes se sale de línea y en otras no señala...* De hecho, tanta mella debió causar en el ánimo del impresor este comentario incluido en el texto del mismo libro, que ya en unas hojas al final, al señalarse las erratas, pide perdón.

Difícil es precisar cuál de las obras que conocemos de fray Juan fue la que se publicó en seguida. Dos de ellas podrían ocupar dicho lugar: los *Huehuetlahtolli* o las dos partes de las *Advertencias para los confesores de los naturales*. Respecto de los *Huehuetlahtolli* la cuestión se complica debido a que en los dos únicos ejemplares que se conservan —uno en la Biblioteca John Carter Brown de Providence, Rhode Island, y el otro en la Biblioteca de la Universidad de Pennsylvania— faltan tanto la portada como el colofón. Como únicos elementos seguros para fechar esa publicación tenemos las fechas de las *licencias* que son las siguientes: 13 de julio, 1599; 6 de noviembre, 1599; 26 de noviembre, 1599; 9 de diciembre, 1599, y 15 de marzo, 1600. Como cosa muy probable puede darse, en consecuencia, el año 1600 como el de la publicación de los *Huehuetlahtolli*.

En lo concerniente a las *Advertencias para los confesores*, si bien en la portada se registra la fecha 1600, en el colofón aparece la de 1601. Aquí, por razón de la continuidad temática de las *Advertencias* respecto del *Confessionario* aparecido en 1599, optamos por incluir las dichas *Advertencias* como la segunda de las obras publicadas de Juan Baptista que nos son conocidas. Esta obra, dividida en dos partes incluidas en otros tantos volúmenes, es también ejemplo de los problemas tipográficos a los que tuvo que hacer frente el autor. Las portadas, en sus dos partes, presentan variantes, lo que indica que se trató de corregirlas por varios motivos. Su redacción más frecuente es ésta:

Advertencias para los confesores de los naturales, compuestas por ...Primera Parte. Con Privilegio. En México. En el Convento de Santiago Tlatilulco. Por M. Ocharte. Año 1600.

En el segundo volumen se indica que constituye la segunda parte. Para conocer los problemas que se presentaban a los confesores y los caminos que podían proponerse para resolverlos, es esta obra de valor inapreciable. Otro tanto puede decirse acerca de lo concerniente a los privilegios de los religiosos (franciscanos, dominicos...) en la administración de este sacramento. Como en otros trabajos suyos, fray Juan Baptista se vale allí de las lenguas náhuatl, latina y castellana.

A otras obras que publicó fray Juan atenderemos antes de concentrarnos en los *Huehuetlahtolli*. La primera es:

Libro de la miseria y brevedad de la vida del hombre y de sus cuatro postrimerías, compuesto por el padre Ioan Baptista... En México. En la imprenta de Diego López Dávalos y a su costa. Año de 1604.

Distribuido en cinco partes, según se expresa en náhuatl, *Nican motenehua cenmantli amuxtli in macuilcan xeliuhctica* (Aquí se dice de este libro que en cinco partes se divide), éstas abarcan lo tocante a la condición miserable y breve del existir humano en la tierra y a continuación los temas de la muerte, el juicio, el infierno y la gloria, que constituyen precisamente las postrimerías que aguardan a los hombres. El libro lo dedicó fray Juan a la instrucción de los indígenas.

Obra, en la que claramente se valió de otra ya antes escrita e impresa por autor diferente, es de la que hizo traducción al náhuatl e intituló:

Vida y milagros del bienaventurado Sanct Antonio de Padua, primer predicador general de la Orden del Seráfico Padre Sanct Francisco. En México, en Casa de Diego López Dávalos, 1605.

En lugar prominente, en las páginas preliminares, se hace notar: *Sacóse esta vida del Bienaventurado Sanct Antonio de Padua de la que escribió el Reverendísimo fray Marcos de Lisboa, Obispo de Oporto, de la misma Orden, y de otros memoriales y chrónicas de la Orden.*

Ultima de las obras impresas de que se tiene noticia como debidas a fray Juan, fue un sermonario en el que proporciona abundante información acerca de sus escritos y de los estudiantes y sabios nahuas que lo auxiliaron, al igual que a otros franciscanos, en sus respectivos trabajos académicos y religiosos. El título de este libro es:

A Iesu Christo S.N. ofrece este Sermonario en lengua mexicana su indigno siervo fray Ioan Baptista de la Orden del Seráfico Padre Sanct Francisco, de la Provincia del Sancto Evangelio. Primera Parte. En México, con licencia. En casa de Diego López Dávalos, a su costa. Año 1606.

Como puede verse, no se expresa en el título de esta obra que sea fray Juan el autor de ella. Con cautela se dice tan sólo que es él quien hace ofrecimiento de la misma a *Iesu Christo Señor Nuestro*. De hecho en el *Prólogo* a este *Sermonario* nota que:

También me he aprovechado de los ilustres trabajos y vigiliás de muchos santos religiosos que con particular estudio trabajaron en esta lengua mexicana y escribieron muchas obras dignas de sus letras y santidad, de las cuales muchas el tiempo ha ido consumiendo. Particularmente en la exposición de las epístolas y evangelios me he aprovechado de los trabajos de dos padres, Fr. Bernardino de Sahagún... y Fr. Arnaldo de Basacio (francés de nación) que escribió en la lengua mexicana muchísimos sermones, acomodados a la capacidad e ingenio de los recién convertidos...

Aunque hasta ahora nadie ha intentado un cotejo del texto de los sermones, incluidos por Juan Baptista en esta su copiosa obra, con los que se conservan de fray Bernardino y aquellos que haya base para atribuir al padre Basacio, esta declaración de nuestro fraile confirma tanto su sinceridad como lo que ya habíamos notado: en muchos casos más que autor fue compilador que enmendó, acrecentó y publicó en lengua náhuatl lo que de otros encontró conveniente para las tareas de evangelización.

Esta y las otras obras que fray Juan alcanzó a imprimir dejan ver, más que cualquier ponderación, su diligente empeño por formar un nuevo *corpus* de libros para provecho de los frailes y del hombre indígena. Y en tal *corpus* fue donde

dio cabida, como aportación que tuvo como muy valiosa, a los *huehuehtlahtolli*, las pláticas, portadoras de la antigua sabiduría del mundo náhuatl.

Los huehuehtlahtolli: un género de expresión náhuatl prehispánica

Hemos visto ya que el origen de los *huehuehtlahtolli* se remonta a varios siglos antes del inicio del encuentro con los *hombres de Castilla*. Por las razones que se apuntaron cabe pensar que estos textos forman parte del legado de la *Toltecáyotl*, el conjunto de creaciones atribuidas a los toltecas. Interesa ahora analizar, valorar y describir las características propias de este género de expresión, distinguiendo en él sus variantes en el amplio contexto de la cultura en que surgió. Con tal propósito, abriendo la mira, no nos restringiremos en un principio al solo conjunto de los *huehuehtlahtolli* que sacó a luz fray Juan Baptista sino que tomaremos en cuenta aquellos otros que recogió y transcribió Bernardino de Sahagún.

Han discutido algunos investigadores acerca de la naturaleza misma de estas expresiones. La cuestión más debatida ha sido esclarecer si constituyen composiciones básicamente de índole admonitoria, pláticas para aconsejar, educar y guiar en la vida. En un primer acercamiento la respuesta ha sido afirmativa. Ya fray Juan Baptista, al introducirlas, notó que se trataba de *pláticas que los padres y madres hicieron a sus hijos y a sus hijas, y los señores a sus vasallos, todas llenas de doctrina moral y política*.

Y, sin embargo, entre los *huehuehtlahtolli* que incluyó en su libro hay varios con los que no cuadra tal descripción. Tal es el caso, para dar un solo ejemplo, de la *plática de cómo ha de curar un médico y consolar al enfermo*. Ello se vuelve aún más evidente si se atiende a los *huehuehtlahtolli* transcritos por Sahagún. Entre ellos —tal como se incluyen en el *Códice Florentino*— hay seis oraciones al dios Tecaztliuica, una a Tláloc, otra referente a la confesión a la diosa Tlazolteotl, otros dirigidos a las parteras, los mercaderes y determinados artesanos.

En busca de un común denominador en el amplio conjunto de los *huehuehtlahtolli* que han llegado hasta nosotros, para poder describir los rasgos principales del género de expresión al que pertenecen, parece oportuno tomar en cuenta el título que dio Bernardino de Sahagún al libro VI del *Códice Florentino*, en el que transcribió cuarenta de estos textos. Señala allí que las composiciones que incluye en dicho libro

versan acerca de la retórica y filosofía moral y teología de la gente mexicana... Y, fijándose en la forma misma de expresión, añade que hay en dichos textos cosas muy curiosas tocantes a los primores de su lengua, y cosas muy delicadas tocantes a las virtudes morales (14).

Comenzando por esto último, puede notarse, como un primer rasgo de los *huehuetlahtolli*, estar expresados en un *cualli tlahtolli*, buen lenguaje, forma de hablar cuidadosa, que se distingue por sus primores. Esa manera de expresarse se designa unas veces como el vocablo *tenonotzaliztli* que significa amonestación, plática... Otras veces se nombra *huehuetlahtolli*, antigua palabra. Así, por una parte, se enuncia su carácter de plática con tendencia a la amonestación o consejo y, por otra, se denota que tal expresión tiene un antiguo origen y, como tal, es digna de estimación.

En el enunciado de Sahagún que aquí estamos comentando, se proclama asimismo que se trata de producciones que pertenecen al campo de la retórica de la gente mexicana. Es decir, se anticipa lo que en seguida —según vimos— se explicita, o sea que en dichos textos hay cosas muy curiosas tocantes a los primores de su lengua. Este atributo, del que en alto grado se deriva su carácter de ser obras de retórica, se manifiesta tanto en la riqueza del lenguaje empleado, abundante en metáforas, como en la precisa estructuración de las frases, verdadera muestra de lo mejor de la literatura en náhuatl.

Y a la vez, en lo manifestado por Sahagún vemos que destaca éste, como el otro elemento principal y característico de los *huehuetlahtolli*, ser expresiones de la filosofía moral y teología de los nahuas. Por ello añade que hay en estas composiciones cosas muy delicadas tocantes a las virtudes morales. A la luz de todo esto, y de una especie de visión de conjunto de los *huehuetlahtolli* de la tradición prehispánica que conocemos, me atrevo a proponer la siguiente descripción de este género de expresión en náhuatl:

Los *huehuetlahtolli*, en cuanto composiciones que dan testimonio de ancestral sabiduría, son la antigua palabra. El lenguaje en que están expresados tienen grandes primores. Su contenido concierne a los principios y normas vigentes en el orden social, político y religioso del mundo náhuatl. Desde la perspectiva del pensamiento europeo pertenecen tales textos a lo que cabe llamar filosofía moral y teología. En cuanto filosofía moral, tienen con frecuencia el carácter de tenonot-

(14) Sahagún, *op. cit.*, libro VI, prólogo.

zaliztli, plática, amonestación. Pero no se limitan a ello. Siendo enunciación de las normas que han de regir las diversas circunstancias a lo largo de la vida —desde el nacimiento hasta la muerte—, hay asimismo en los *huehuehtlahtolli* formulaciones que atañen a la visión del mundo, al pensamiento y ritual religioso, la oración misma como antigua palabra del hombre dirigida a la divinidad.

Podría decirse, en suma, que son estos textos la expresión más profunda del saber náhuatl acerca de lo que es y debe ser la vida humana en la tierra. Son pláticas que se dirigen a una amplia gama de interlocutores que abarca a los hijos, desde pequeños hasta aquellos ya casados; los esposos; los gobernantes y los gobernados; los enfermos y los que han muerto; los mercaderes, artesanos y gentes de otras profesiones y que, incluye asimismo, como destinatarios, a los dioses, entre ellos Tláloc, Tlazoltéotl y el supremo Tezcatlipoca.

La descripción de los rasgos más sobresalientes en los *huehuehtlahtolli* en cierto modo ha anticipado ya las *especies* o variantes que existieron dentro de este género de expresión. Tomando en cuenta la primera clasificación formal que de ellos hizo Josefina García Quintana (15), propongo, con algunos cambios, las siguientes variantes:

1. El gran conjunto de composiciones que se pronunciaban en lo que describen los antropólogos culturales como *ritos de pasaje*, es decir, actuaciones de connotación sagrada en momentos claves a lo largo del ciclo de la vida: en el nacimiento; la *dedicación* o promesa de entrar a la escuela; edad de discreción; el ingreso mismo en un centro de educación; primera actuación como guerrero; matrimonio; embarazo; enfermedad y muerte.

2. Género de *huehuehtlahtolli* referentes al campo del gobierno y orden socio-político. Abarcan éstos las pláticas al gobernante recién electo; respuestas y otras expresiones de éste; discursos y arengas en circunstancias especiales, de guerras, hambrunas, pestes...; palabras ante el cadáver del soberano.

3. Conjunto de pláticas a miembros de determinadas profesiones: mercaderes, artesanos, médicos...

4. Expresiones de cortesía: saluciones entre gente de linaje; fórmulas de los embajadores...

(15) Josefina García Quintana, «Exhortación de un padre a su hijo. Texto recogido por Andrés de Olmos», *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, Universidad Nacional, v. 11, 1974, pp. 65-70.

5. Discursos-oraciones a diversos dioses en circunstancias muy variadas: a Tláloc, pidiendo lluvia; a Tlazoltéotl, para el ritual de la purificación; a Tezcatlipoca, *en tiempos de peste, en favor de los pobres, en tiempo de guerra, en favor del soberano recién electo, al morir éste, en contra del gobernante que no hace bien su oficio.*

A estas variantes principales pueden sumarse otras, como son las que pueden clasificarse de *expresiones del saber o tradición populares*; los *discursos* de los maestros en los centros de educación y, finalmente, los *huehuehlahtolli* cristianos y *cristianizados*. Los primeros son elaboración de los frailes que adoptan el estilo de la *antigua palabra* para sus *pláticas* misionales. Los segundos son adaptaciones de textos de la tradición prehispánica en los que se sustituyen vocablos y se introducen interpolaciones y otros añadidos. Como hemos visto, ya fray Andrés de Olmos había pedido a esos *principales*, que les copiaran los *huehuehlahtolli* que él conservó, pusieran los nombres de Dios y de sus santos en vez de los que designaban a los dioses paganos.

A la luz de esta *clasificación*, interesa ver a cuáles variantes pertenecen los textos que fray Juan Baptista, basándose en lo recogido por Olmos, incluyó en el libro cuya reproducción aquí se ofrece.

Atributos estilísticos de los huehuehlahtolli que fray Juan Baptista hizo imprimir

Son veintinueve las *pláticas* que se incluyen en el libro que aquí se ofrece. De ellas quince pertenecen a la primera categoría que se ha descrito. Encontramos así un conjunto de composiciones portadoras de la antigua sabiduría, que ha de comunicarse en diversos momentos a lo largo del ciclo de la vida. El libro se inicia con dos *pláticas*, una del padre al hijo y otra de la madre a la hija, con sus respectivas respuestas. Son ambos *huehuehlahtolli* a la vez suma de consejos y presentación de lo que es el existir humano en la tierra. La filosofía moral del mundo náhuatl queda allí al descubierto. Los jóvenes que escuchan harán de esas palabras un tesoro. Tales *pláticas*, transmitidas de generación en generación, eran repetidas hasta que se grabaran en el corazón de quienes debían guiar sus vidas a la luz de los principios que allí se enunciaban.

En tanto que estas dos primeras *pláticas* —bastante extensas— son como una exposición general de lo que es la vida y lo que debe ser el comportamiento en ella, hay luego otros *huehuehlahtolli* cuyos temas se refieren a circunstancias par-

ticulares. Este es el caso de las siguientes pláticas: *amonestación que hace el padre al hijo cuando aún es pequeñuelo; otra cuando es ya mancebillo; cuando va entrar en la escuela; cuando se quiere casar*, seguida de la respuesta del hijo; otra del padre, casado ya el hijo; otra *visitando o saludando a su hijo casado*, esta última acompañada de *la respuesta que hace el hijo*. A este primer conjunto pertenecen tres pláticas más: *la que hace el marido a la mujer*, la respuesta de ella, y otra muy breve *para los mozos algo discretos y de buena edad*.

Huehuehtlahtolli referentes al campo del gobierno y orden socio-político hay nueve en este libro. Confirma ello la importancia de este segundo tipo de variante temática en estas pláticas. Las primeras de ellas son a modo de saluciones *de un señor principal a un cacique y de una señora principal a otra*, con sus respectivas respuestas. Tres *huehuehtlahtolli* sobre asuntos tocantes al buen gobierno se incluyen luego. Proceden —según se hace notar— de Tezcoco, Tlaxcala y Tepeyacac (Tepeaca en el Estado de Puebla). Finalmente versan también sobre esta temática las pláticas que se describen como *para los principales, alcaldes y regidores, después de su elección y razonamiento de un principal a otro... en que le pide lo consuele de algún desastre que le haya sucedido*. En la que, según se enuncia en el título, se dirige supuestamente a alcaldes y regidores, en realidad se habla de la elección de miembros de la *in tecuhyotl, in pillotl* (el conjunto de los señores, los de linaje), para cargos de gobierno al modo antiguo.

En categoría diferente se sitúa el único texto que se dirige a una persona que practica una determinada profesión. Es una *plática de cómo ha de curar el médico y consolar al enfermo*. Como ya se dijo, en el más amplio conjunto de los *huehuehtlahtolli* reunidos por fray Bernardino de Sahagún, existen varios que pueden parangonarse con éste, entre ellos los que se destinan a expertos en otras profesiones como las parteras, los artesanos y los mercaderes.

Así como en este *huehuehtlahtolli* dirigido a los *titicib* o médicos hay un gran número de conceptos cristianos, lo mismo ocurre de manera del todo directa en los otros que vienen a constituir las elaboraciones debidas ya a los frailes. En el libro de fray Juan Baptista aparecen dichos textos al final del mismo. Dos pláticas —una *para los que andan a la escuela o se doctrinan con los religiosos* y otra *a los mismos en que se les amonesta la integridad y pureza de la fe*— aparecen antes del *huehuehtlahtolli* dirigido a los médicos. Otras tres pláticas, de tema también cristianizante, se incluyen como las últimas del libro: *en que se declara qué gran cosa es el cristianismo; el gran bien que alcanza el hombre por el sancto*

bautismo y el gran provecho y fruto de la pasión y muerte de nuestro Redemptor Jesu Christo.

De gran interés es atender a la forma como se adaptaron en los textos que integran esta categoría de *huehuehtlahtolli cristianizantes*, las metáforas y otras expresiones del género de la *antigua palabra*, para transmitir ahora conceptos, a veces muy complejos, de una religión muy diferente a la que antes imperaba en Mesoamérica. Este campo de indagación permanece abierto a la investigación. Debe notarse además la pervivencia en tales nuevas pláticas de vocablos con connotaciones claramente prehispánicas pero empleados para significar ideas o realidades propias de la religión cristiana y de la cultura española. Citaré algunos ejemplos de esto. Hablando de la situación en que estaban los que no habían recibido el bautismo, se dice:

In ayamo mopan mochihua in nequatequilitzli, titlacauh, timacehual ticatca in tzitzimitl, Satanás...

Cuando aún no se hacía en ti el mojamiento de la cabeza, el bautismo, estabas sometido, eras vasallo del tzitzimitl ser nocturno que causaba gran temor, Satanás...

Y reafirmando la importancia del bautismo, se dice de aquellos que morían sin haberlo recibido que

Auh intlaoximiquin in ihquac ayamo timoquaatequiq, can omitzhicazaquia in diablo, in umpa Miclan...

Y si murieras cuando todavía no habías sido bautizado, allá te llevaría el diablo, al Miclan...

Aquí obviamente se está equiparando al infierno con el *Miclan*, lugar de los muertos, donde imperaban *Mictlanteuctli*, *Mictlancihuatl*, Señor y Señora de la región del inframundo, adonde marchaban, pasando a través de varias pruebas, todos los que fenecían de muerte natural.

Con estas pláticas de temática cristiana concluye el conjunto de los veintinueve *huehuehtlahtolli* que integran el libro que dispuso fray Juan Bautista para ser impreso. Cabe añadir que, en el caso de ocho de tales textos, incluyó en la lengua, es decir en romance castellano, las versiones resumidas que, de ellos, había preparado Andrés de Olmos con el criterio al que ya aludimos, es decir, *sacando sentido de sentido y no palabra de palabra*. Distinta forma de traducción es, en cambio, la nueva que se ofrece en la presente edición. Buscando la máxima fidelidad al sentido de la expresión en náhuatl, quien le ha preparado, el profesor Librado Silva Galeana, miembro del Seminario de Cultura Náhuatl, que tengo a mi cargo en

BIBLIOTECA CENTRAL

la Universidad Nacional Autónoma de México, refleja en castellano, hasta donde le ha sido posible, las metáforas, paralelismos y, en una palabra, la extraordinaria riqueza del simbolismo y la significación plena de estos *huehuehtlahtolli*. A tal universo de símbolos y sentidos importa hacer alguna referencia antes ya de invitar al lector a acercarse al texto náhuatl de estos testimonios de la *antigua palabra*, a su traducción castellana, o a ambas cosas.

El universo de símbolos y significaciones de estos huehuehtlahtolli

Al describir las principales variantes que existen dentro del género de expresión de los *huehuehtlahtolli* hemos visto ya cuáles son los temas que en ellos afloran con mayor frecuencia. Contemplando ahora, desde otra perspectiva, lo que llamaré el universo de símbolos y significaciones, del que —en relación con los temas descritos— son portadores estos textos, puede afirmarse que en ellos tenemos la mejor suma de testimonios sobre los ideales y creencias en función de los que estructuraban su existencia los nahuas.

Así, la persona, *el rostro, el corazón* de los humanos, desde su infancia hasta su muerte, se nos va mostrando en su intimidad, en su entorno social, y en su vinculación omnipresente con la divinidad, como lo que era y se quería que fuera. Seres preciosos son los hijos e hijas. Sus padres los valoran como plumas del ave quetzal, jades, ajorcas finas. Han sido colocados en el seno de la madre porque el Señor Nuestro, Dador de la vida, *les forjó, les insufló su aliento, los introdujo allí con su propio destino*. Son *macehualtin, mercedos* por obra de la acción divina. Y lo que tal vez no tomaron en cuenta algunos de los frailes que tanto ponderaron el valor de estos textos, al hacerse en ellos referencia al carácter humano de *macehualtin, mercedos*, la sabiduría antigua estaba evocando un sacrificio primordial de los dioses. Ese sacrificio había tenido lugar en un Teotihuacan anterior al que existió luego en la tierra. Allí, para restaurar a los seres humanos, los dioses hicieron merecimiento (*tlamacehuah*), sacrificio de sangre (*otopan tlamaceuhqueh in teteoh*, según se expresa en el *Códice florentino*, libro VII, cap. II). Por eso, los poseedores de rostro y corazón, los hombres y mujeres, somos hoy todos *macehualtin, mercedos*. Nuestro destino y obligación es pagar a los dioses, haciendo merecimiento con nuestros sacrificios.

En los *huehuehtlahtolli* de tradición prehispánica aflora muchas veces este concepto y aun en aquellos que luego com-

pusieron los frailes con propósitos de evangelización usándose expresiones como ésta: *ca zan nobuian itech oticmacuhqueh*, que significa *porque, por todas partes, sólo de El hemos hecho merecimiento*. Como es de suponerse, en el empleo que de tal concepto hizo en este caso el misionero, lo interpretó en el sentido de que hemos recibido la misericordia y favor de Dios.

Un universo en el que la divinidad todo lo gobierna, de acuerdo con los *tonalli* o destinos que permean cuanto existe, es el trasfondo, el escenario cósmico en función del cual se desarrolla la expresión de la antigua palabra. En los *huehuetlabbtoll* se habla de *topan*, *in ilhuicac*, *lo que está por encima de nosotros, en los cielos* y asimismo de *Mictlan*, *la región de los muertos*, el inframundo. En contraste con esos ámbitos de misterio, están *tlalticpac* y *tlalticpacayotl*, *lo que se halla sobre la tierra y lo que es terrenal*. Si poco puede saber el hombre acerca de *lo que nos sobrepasa, la región de los muertos*, en cambio ante él se presentan las cosas terrestres. Su comportamiento con ellas puede alterar su propio destino.

Así a la jovencita le repite su madre que esté siempre vigilante y ocupada en aquellos quehaceres que corresponden a su condición de mujer. Y tanto a ella como al muchacho se les hacen ver los peligros que hay en la tierra, de modo particular lo que se designa muchas veces con la palabra *tlalticpacayotl*, *aquello que es terrenal*, entendido como lo perteneciente al sexo. Este puede ser fuente de alegría y placer pero también ocasión de miserias, enfermedades y muerte.

Inescrutable es *Tloqueh Nahuaqueh*, *El Dueño del cerca y del junto*. Es *Ipalnemoani*, *Dador de la vida*, pero también *Yohualli*, *Ehecatl*, *Noche*, *Viento*. Por una parte se repite que es *in Tonan*, *in Totah*, *Nuestra Madre*, *Nuestro Padre*, pero por otra se habla de su cólera que lo lleva a arrojar *la piedra y el palo*, el castigo sobre aquellos que a sí mismos, yendo por caminos equivocados, se han despeñado en un gran barranco.

Ser precioso es en su origen el hombre pero también, por descuidar su destino, su merecimiento, puede tornarse en verdad despreciable. Y en el caso de los que son gente de linaje —*pipiltin*—, la caída será mucho más grave. Ellos y ellas han de tener siempre presente los libros de pinturas, donde están el dechado, el modelo, la tinta roja, la sabiduría. Y otro tanto deben hacer los que gobiernan. Su inspiración para ejercer sus cargos proviene *del aliento, la palabra del Señor Nuestro*. También corresponden a ellos un destino y un merecimiento. Son madre y padre del pueblo. Para eso fueron escogidos a ocupar el sitial y la estera.

Como producciones de gran valor literario los *buehuetlahtolli* han sido objeto de estudio, entre otros, por Angel María Garibay en su ya citada y clásica *Historia de la literatura náhuatl*. Remitiendo a dicha obra a quienes quieran atender de modo especial al aspecto literario de estos textos, cabe al menos poner de relieve algunos de los rasgos y elementos que les confieren carácter inconfundible. Entre ellos sobresalen sus múltiples metáforas y símbolos de raíz indígena; la abundancia de expresiones paralelas, dotadas de un cierto ritmo; un tono de honda finura espiritual y a la vez recurrente empleo de formas reverenciales; en suma, exposición ponderada de la antigua sabiduría transmitida siempre con la natural elocuencia del hombre náhuatl.

Todo este rico universo de ideas, expresado en un lenguaje henchido de metáforas, *antigua palabra*, noble y pulida, al ser conocido por algunos frailes como Andrés de Olmos, Bartolomé de las Casas, Bernardino de Sahagún y Juan Bautista, comenzó a ser objeto de nuevas formas de valoración y aprecio. Tan llenas de sabiduría les parecieron estas pláticas que decidieron no sólo conservarlas como testimonio digno de recordación de la antigua cultura, sino que quisieron aprovecharlas, introduciendo en ellas —según ya vimos— algunos cambios de palabras y determinadas interpolaciones. Con tales modificaciones los *buehuetlahtolli* se convirtieron en instrumento valioso para la cristianización de aquellos mismos que, como herencia preciosa, los habían conservado y transmitido.

El pequeño libro en el que, en 1600, aparecieron originalmente publicados estos *buehuetlahtolli* y del que sólo dos ejemplares se conservan vuelve a estar en las manos de muchos. El mensaje que aporta es testimonio de la sabiduría de Mesoamérica. Por obra de los frailes, es también perceptible en él la huella del Encuentro de Dos Mundos. La antigua palabra, con raíces en la *Toltecatoytl*, el legado de los toltecas, perdura así a través de muchos siglos. El traductor, Librado Silva Galeana, da a su vez testimonio de la vitalidad perdurable del idioma en que estos textos se expresan: el náhuatl es su lengua materna.

Y no resta ya sino invitar, al modo de los nahuas, a acercarse a estas antiguas palabras para disfrutarlas y enriquecerse con ellas:

xic-hualmocaquitican... ihuan oc xommocuiltonocan in ica tlamacehualizitli, in ibiyotzin, in tlahtoltzin cenca caulli, cenca mahuiztic.

Venid a escuchar... y todavía enriquecéos, con lo que es merecimiento, el aliento, la palabra, muy buena, maravillosa...

El mensaje perdura. Es gruesa tea que alumbra y no ahúma. El señor Nezahualcóyotl y su hijo Nezahualpilli supieron acerca de estas palabras. Y ellas u otras muy semejantes fueron también escuchadas por Motecuhzoma y Cuauhtémoc. Al rey Felipe II se hizo partícipe durante el último tercio del siglo XVI de unas muestras de estos antiguos textos. Ahora *Historia 16*, en sus «Crónicas de América» las pone al alcance de todos. Literatura y sabiduría, son legado que perdura y se abre para los hombres de los cuatro rumbos del mundo. Forman ya parte de las literaturas clásicas de todos los tiempos.

Miguel León-Portilla